



La Moira

Iria Méndez Neira





CONCURSO DE CUENTOS Y RELATOS BREVES

Relato premiado
modalidad castellano
14-18 años

Edita: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz.

Servicio de Juventud. 2019

Diseño y maquetación: Iñaki Marquínez / io grafix

Ilustraciones: Laura Arrue

Imprenta: Gráficas Irudi

PRÓLOGO

Escribir es un intento inútil de detener el tiempo. Es un engaño, una fantasía, un intento maravilloso. Escribir es hacer sentir a otros lo que uno siente leyendo. La escritura podría tener mil definiciones, muchas de ellas opuestas, y sin embargo todas verdaderas. Un día leí que te puedes considerar escritor cuando la gente se refiere a ti como el escritor. Creo que ser escritor no es cuestión de los demás, sino de uno mismo.

Han llegado a mí historias muy diversas, cada una con el universo imaginativo de su creador. Son historias de mentes que escarban en la realidad, que se detienen a pensar sobre lo que somos y lo que nos rodea, un acto que cobra especial sentido en este mundo actual en el que vivimos, lleno de estímulos, de distracciones, de velocidades vertiginosas y de recompensas fáciles.

Soy optimista: la literatura requiere paciencia y reflexión, requiere mirada, requiere visión crítica. Hoy en día la literatura es más refugio y más hogar que hace años. Si el mundo continúa acelerando, la literatura seguirá teniendo futuro. Relatos como los aquí presentados son ese futuro.

Enhorabuena y gracias.

Álvaro Arbina

La Moira

Iria Méndez Neira

El Viento del Norte estaba enfadado, o eso pensaba yo.

Incluso las tejas se habían unido a su berrinche. Caían y se rompían, siguiendo una armónica pero desacompasada melodía. Mis dedos, mientras tanto, se estremecían al compás de aquel ritmo indomable.

Aún sumida en mi estupor, me las había arreglado para salir al jardín, ataviada con el camisón de mi difunta abuela. Ni siquiera recordaba habérmelo puesto.

A la intemperie, la ventisca invernal no mostraba clemencia y me azotaba sin remordimiento. ¿Era este mi castigo divino? ¿Mi fustigamiento? Pétreo como una estatua, sentía el mundo girar a mí alrededor. Diferentes tonalidades de blanco se fundían en mi córnea, los copos de nieve formaban caras

espantosas, y la escarcha, que empezaba a adherirse sobre mi cuerpo, me apuñalaba lentamente. Me retorcí de dolor, ¿O quizá solo estaba tiritando? Se me escapó una risita nerviosa y caí al suelo.

“Oh, Santo Dios, líbrame de mis pecados y prométeme que nunca dejarás que Ella vuelva a apoderarse de mí”, le recé con pleitesía a quien quisiera escucharme.

Pero Ella ya se había adelantado. Advertí su suave e incipiente voz susurrándome al oído, y con sus podridas palabras, embotó mis pensamientos. Ella murmuró mis defectos, vociferó mis secretos y maldijo mis delitos.

No, no... no quería seguir escuchándola. Y a pesar de que mis temblorosas manos lograron proteger mis oídos, su sórdido eco todavía continuaba resonando en mi interior.

Claro... Entonces todo lo entendí: Era Ella, y no El Viento del Norte quien perpetuaba aquel vendaval. No solo yo la oía, todos podían. Su macabro canto navegaba por la gélida corriente y se esparcía por doquier, provocando que los hierbajos de mi jardín quisieran arrancarse sus propias raíces, las tejas de mi tejado optaran por inmolarse, y mis arbolitos recién plantados se desmayaran.

Por eso el viejo Nogal permanecía impasible. A su sombra nunca nada había crecido. Mas ahora, el árbol actuaba como guardián de la vida, pues una tímida florecilla atisbábase bajo sus ramas extendidas. Así, gracias a su protección, el tierno pimpollo no padecía las inclemencias del tiempo. Incluso podría decirse que se mecía impávidamente al son de la tempestad, como si danzara sutilmente, como si sintiese la intrínseca belleza de la catástrofe.

Oh... Esa maldita flor se estaba burlando de mí.



Yo no la había plantado, ni la había regado, ni la había cuidado. Sin embargo, ahí estaba, ondeando indiferentemente sus delicados pétalos. Con pesadumbre, comprendí la naturaleza de su ser; ese verde brote era el espejo de mis miedos y la ventana hacia mi perdón. Encarnaba mi condena y mi redención. Porque esa tierna florecilla, literalmente, había nacido de Ella. No cabía duda alguna, yo recordaba el lugar exacto donde había enterrado su cadáver: bajo el cobijo del viejo Nogal. Por aquel entonces, las enrevesadas raíces y los glotonos gusanos ya habrían empezado a profanar el putrefacto cuerpo de mi abuela.

Ella antes era mi nana, ahora, flor en la tierra y tormento en mis entrañas.

Nació ya anciana, o eso es lo que siempre creí.

Vestida con ropajes negros, pues enviudó a

temprana edad, la recordaba sentada en su taburete de mimbre, huso en mano, hilando con sus huesudos dedos y sus quebradizas uñitas. La yaya trataba el hilo con gran delicadeza, y al trabajarlo, ejecutaba una metódica danza de dóciles movimientos. De pequeña, solía observar cómo la hebra se deslizaba entre sus manos, y recuerdo pensar, una y otra vez, que el hilo tenía vida propia. A veces, cogía la forma de un río torrencial, con peces agobiados que saltaban y chapoteaban y todo. Otras, más bien, parecía el pelo de una mujer. Me la imaginaba castaña y con los ojos verdes, y no podía evitar visualizarla en el otro extremo de la rueca, gritando de dolor y sintiendo cómo le arrancaban su bello cabello poco a poco.

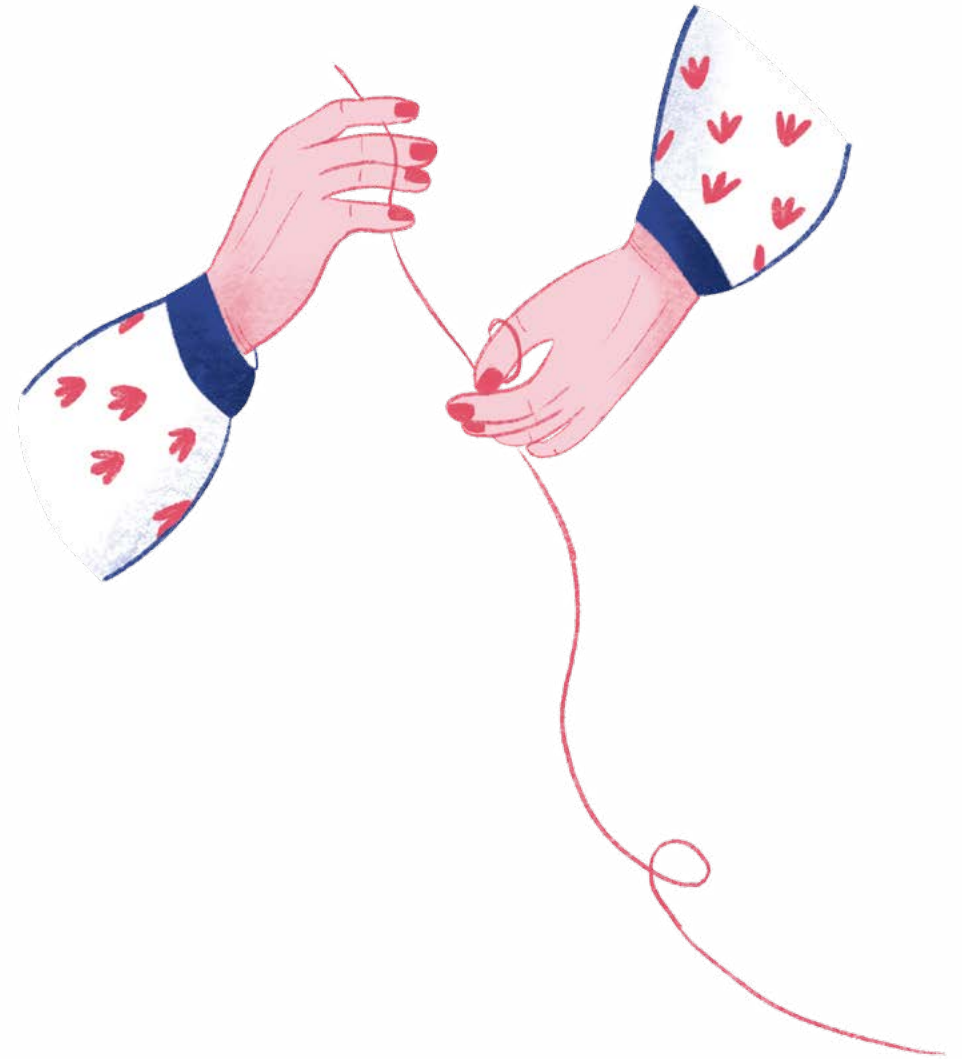
Mi abuela me vio crecer y yo la vi envejecer.

Con el paso de los años, su debilucho cuerpecito se fue constriñendo, hasta convertirse en poco más

que una maraña de frágiles huesos y arrugada piel. Mi pobre abuelita debía soportar el engorroso peso de su deforme joroba, que cada vez se hacía más y más voluminosa. Su espalda estaba tan encorvada que, si hubiera sido capaz de mantenerse en pie, sus manos probablemente habrían tocado el suelo.

Mataba el tiempo hundida en su sillón, contemplando silenciosamente la ventana. Miraba el jardín, miraba el cielo, miraba los pájaros, pero realmente no veía nada. De vez en cuando, se le escapaban unas cuantas lagrimillas huidizas. Quizá estuviera ahogándose en melancolía, o quizá fuera cosa de la edad. Nunca lo supe, porque ella ya no hablaba conmigo.

Aunque hubo excepciones. Recuerdo aquella mañana de noviembre. Mientras le quitaba el camisón, me agarró la muñeca, y con mucho esfuerzo, me susurró:



— La gente como yo suele colgarse de los árboles o tirarse por la ventana, pero yo no tengo suficiente fuerza.

Mi abuela parecía un cadáver vivo, esperando estoicamente a que su cuerpo fuera enterrado. Cada vez que realizaba el más nimio movimiento, temía que sus huesos se partiesen en mil pedacitos. Yo sabía que todas las noches se acostaba deseando no despertar jamás.

Ella me lo había pedido a mí. Sí, sus taciturnos ojos me lo exigían a gritos.

Sé que la muerte es un refugio codiciado, y no sé si lo hice por amor, o despecho, o altruismo o egoísmo, pero maté a mi abuela.

Con un puñado de barbitúricos de más, liberé su alma y condené la mía.

¿No era eso lo que querías?

Tu cuerpecito ahora se ha convertido en paisaje. La lluvia te moja, y la florecilla que medra en ti algún día florecerá. El Nogal te protege y el viento te cuida.

Abuelita,

¿Por qué te enfadas conmigo?



www.vitoria-gasteiz.org/gaztehitzak